

los paisanos y cometieron algunas depredaciones. Con esto, apenas se pasaba una semana sin que ocurrieran escaramuzas con las tropas reales, y en una de ellas perdió el Parlamento uno de sus jefes más caracterizados: John Hampden. En el campo de Chalgrove, en 18 de julio, se arrojó contra los escuadrones enemigos para detenerlos hasta que llegara refuerzo, pero al principio del combate dos balas atravesaron su cuerpo y le rompieron un brazo; entonces se le vio apoyar la mano en la silla del caballo y retirarse lentamente del campo de batalla, pudiendo con grandes fatigas llegar al pueblo de Thane, donde encontró refugio y asistencia. Si bien los médicos le dieron esperanzas, él estaba convencido de que la herida era mortal. Los últimos días de su vida los empleó en dar consejos militares al Parlamento. Su última súplica, sus últimas palabras fueron: «Dios salve a mi patria ensangrentada.»

Cárlos I se encontró muy animado con los resultados obtenidos durante el verano, y su esposa se había juntado con él llevándole grandes refuerzos en hombres y artillería, por lo cual creyó que podía tomar la ofensiva para dar un gran golpe al enemigo. Entre los que le rodeaban se deseaba de nuevo ir contra Londres, pues se sabía que allí no reinaba gran unidad de miras; pero el conde de Newcastle, con cuyo auxilio se contaba, declaró que no podía abandonar el Norte sin haberse apoderado de Hull, y entre tanto en Londres se tomaron grandes precauciones para la defensa. Al rey le pareció más prudente atacar la ciudad de Gloucester, cuyo comandante se creía en el campamento real que estaba dispuesto a rendirse. Pero al llegar a Gloucester no pudo alcanzar su objeto, pues el comandante guardó fidelidad al Parlamento y el pueblo se defendió por espacio de un mes con valor inalterable, hasta que a principios de setiembre se presentó Essex con un ejército de auxilio, cuya aparición obligó a los realistas a levantar el sitio. El general del Parlamento no permaneció mucho tiempo en la ciudad libertada, pues se trataba de volver atrás para proteger a Londres y no dejarse adelantarse por los realistas. Durante largo tiempo prosiguió su marcha sin encontrar obstáculo alguno, pero el 19 de setiembre vio al enemigo que trató de impedirle el paso en el camino de Newburg. Obligado al día siguiente a aceptar la batalla, dió disposiciones y comenzó el ataque con su valiente infantería y sus bien dispuestas baterías. Esta jornada costó a los realistas uno de sus más nobles defensores, lord Falkland, a quien encontraron entre los muertos. Había buscado el peligro yendo de unos a otros con el doloroso grito de «¡paz! paz!» La paz que deseaba para su patria la encontró él por medio de una bala enemiga. Essex continuó su marcha hacia Londres, y fué recibido allí del modo más solemne.

En la capital las noticias sucesivas de derrotas y victorias habían tenido, durante el verano, los ánimos en suspenso. Las crecientes necesidades de la guerra y las maquinaciones secretas del rey, no dejaron de ejercer su influencia en gran número de personas. En la primavera se descubrió una gran conspiración que tenía por objeto poner a buen recaudo a los jefes del Parlamento y entregar la ciudad al rey. El poeta y político Edmundo Waller estaba comprometido en el complot, y solo salvó la vida haciendo traición a sus compañeros, dos de los cuales fueron ejecutados. De resultas se estableció una censura para la prensa, y los periodistas y poetas del partido real pudieron temerle todo. Los bienes de los realistas fugitivos fueron secuestrados, pero a pesar de ello Pym y sus colegas se vieron obligados a buscar nuevos medios para cubrir las necesidades de la guerra. Así es que, imitando a los holandeses, establecieron una contribución sobre la cerveza, el vino y otros artículos, impuestos que cargaban principalmente sobre la clase media y el pueblo.

Cuanto más abusaba el Parlamento de las fuerzas de su partido, más aumentaban los deseos de una terminación pacífica. En el rigor del verano, cuando los peligros crecían por todas partes, luchaban entre sí la fracción parlamentaria que deseaba la paz y la que quería que se prolongase la guerra. Se había sabido la toma de Bristol, la derrota de los Fairfax y la actitud amenazadora del conde de Newcastle. El día 4 de agosto resolvieron los Lores que se presentaran proposiciones de paz al rey, las cuales fueron todo lo moderadas posible. Los ejércitos serían disueltos, las cuestiones sobre la milicia y la organización de la Iglesia se resolverían de un modo parlamentario y serían admitidos de nuevo en ambas Cámaras los miembros realistas de las mismas. Al día siguiente, que era sábado, se encontró asimismo una mayoría en los Comunes para aprobar dichas proposiciones. Fueron aquellos momentos muy críticos, pues la popularidad de John Pym, que tantas veces había ganado la victoria en este punto, se encontraba entonces muy quebrantada, siendo aquella ocasión magnífica para un ataque por parte del rey. Pero se emplearon todos los medios para hacer callar a los que defendían la paz.

El domingo los predicadores puritanos conjuraron al pueblo a permanecer fiel a la causa de la guerra santa, y le hicieron ver lo que sucedería si dejaba volver al rey y al salvaje príncipe Ruperto. Por la tarde el Lord-corregidor Pennington, a quien el rey había excluido de todas las amnistías, reunió el municipio y al día siguiente mandó una petición firmada por todos en la que exponían a los Comunes que la proposición de los Lores era muy peligrosa para la religión y la libertad del país. El pueblo rodeó la plaza de Westminster lanzando gritos, de modo que los Lores se quejaron de que no podían deliberar y amenazaron con interrumpir sus sesiones si no se dominaba el tumulto; pero entre tanto ya había conseguido Pym poner de su parte a la mayoría en la otra Cámara que volvió sobre su acuerdo y pidió a los Lores que se uniesen con ella para la «defensa del reino,» tomando al mismo tiempo medidas contra los revoltosos. El partido de la paz pensó entonces usar el mismo medio de la imposición que sus adversarios le hizo que se presentaran un par de miles de mujeres pidiendo la paz, hallándose mezcladas con ellas algunos hombres.

Cuando acudió la guardia de la milicia se oyeron gritos contra los «traidores» y el «perro Pym,» y las masas tuvieron que ser disueltas por la fuerza. El partido de la paz creía poder contar con el conde de Essex; pero Pym y sus amigos le visitaron en su campamento para asegurarse su apoyo y excitarle a emprender su gloriosa marcha a Gloucester. Lores tan notables como Bedford, Holland, Portland, que se habían distinguido por su conducta anfibia, se vieron obligados a huir al campamento del rey.

Sin embargo, bien claro se veía que sin contar con un apoyo u otro no era posible a los campeones de los derechos del Parlamento alcanzar su objeto sin exponerse al peligro de la disolución de su partido. Habían dado pues pasos para encontrar aliados y los hallaron por fin en los escoceses, que seguían con gran interés el curso de la guerra en el país vecino, pues si vencía el rey debían temer los del Covenant que retirase todas las concesiones hechas, y si por el contrario triunfaba el Parlamento podían esperar que la administración presbiteriana se estableciese también en la Iglesia de Inglaterra, evitándose de este modo para lo futuro el peligro de una nueva guerra de los obispos. Esta esperanza era tanto más fundada cuanto que en el mismo momento se empezaba en Inglaterra la reforma de la Iglesia. El primero de julio de 1643 se reunió en la capilla de Enrique VII de la abadía de Westminster la asamblea eclesiástica conocida con

el nombre de sínodo de Westminster (1). Nombrados por el Parlamento y sometidos a su vigilancia, los individuos del Sínodo debían poner los fundamentos de un nuevo edificio de la Iglesia cuya aprobación se reservaban las dos Cámaras. El ejemplo de la Iglesia nacional escocesa con sus presbiterios y sínodos, la sencillez de su rito y su extremada disciplina, su adaptación completa a la letra del calvinismo, su odio a los católicos y a los sectarios se presentaban a muchos individuos de la asamblea religiosa y política como dignos de imitación; y otros, aunque no sentían ninguna atracción hacia el presbiterianismo, apoyaban por el momento la corriente para asegurarse el favor de los del Covenant.

Este fué el punto culminante de la actividad de John Pym como hombre de Estado, el cual aprovechó esta situación para establecer un tratado de alianza con los escoceses. Cierto número de diputados del Parlamento y del Sínodo de Westminster se dirigieron en un buque, en el año 1643, a Edimburgo y entraron en negociaciones con una comisión de las asambleas política y religiosa de Escocia con las que celebraron una alianza,—que tomó el nombre de «Liga y Covenant»—a pesar de haberse presentado muchas dificultades. Por ella los ciudadanos de los tres reinos Inglaterra, Escocia e Irlanda se obligaban a proteger la Iglesia presbiteriana escocesa y a introducir en Inglaterra e Irlanda un rito, un dogma y una constitución de la Iglesia que estuviesen conformes con la palabra de Dios y el ejemplo de las mejores iglesias reformadas; se comprometían a combatir el papismo, el episcopado, la herejía y la blasfemia, y a defender, sin atacar la autoridad monárquica, los privilegios del Parlamento, castigar a los que querían separar al rey del pueblo y dar al país una paz duradera. Los escoceses apreciaban más la parte religiosa de la alianza, pues contaban con que el presbiterianismo se establecería con todo rigor en Inglaterra; por su parte los ingleses tenían más en cuenta la parte política, pues que deseaban que, lo más pronto posible, entrase en Inglaterra un ejército escocés, cuyos gastos estaban dispuestos a pagar, para poner término a la dominación de los realistas en los condados del Norte.

En Londres, el Sínodo y el Parlamento juraron la Liga y Covenant; en todo el país se procedió a la lectura del pacto, obligando a que lo firmasen los mayores de diez y ocho años. Este documento fué el programa del puritanismo, poniéndose en práctica en todos los puntos en que dominaba el Parlamento. Desaparecieron los últimos restos del ritual del tiempo de Guillermo Laud; las imágenes de los santos y los altares fueron destruidos; se rompieron los crucifijos y las cruces; se derribaron los monumentos de Cheapside y Charing-Cross y se quitaron los cristales de colores de las ventanas de las catedrales y capillas. A los pastores sospechosos se les arrebató sus beneficios y la universidad de Cambridge tuvo que someterse a una inspección rigurosa. El que se negaba a firmar la «Liga y Covenant» era tenido en seguida por enemigo del Parlamento.

La Liga y Covenant fué la última obra de John Pym, el cual no tuvo ocasión de ver puesto en práctica el tratado concluido con los escoceses. Cedieron sus fuerzas ante los múltiples trabajos que se había impuesto; así fué que se puso enfermo en noviembre de 1643 y murió en 8 de diciembre. El Parlamento dispuso que se le enterrase en la abadía de Westminster, siendo llevado su féretro por diez de los

(1) Además de las descripciones de Baillie, Lightfoot y Gillespie, deben tenerse en cuenta las Minutes of the Sessions of the Westminster Assembly of Divines. Ed. by A. F. Mitchell and J. Struthers, 1874. Véase además un trabajo de Rudloff en la Revista de Teología histórica, 1850.

principales miembros de la Cámara de los Comunes, y las deudas que había contraído en servicio de la causa del Parlamento se pagaron, por acuerdo de este, por la caja pública.

El postrer suceso militar que ocurrió durante la vida de Pym fué la liberación de Hull. El mismo día en que el conde de Manchester y Cromwell derrotaron a los realistas del condado de Lincoln se levantó el sitio de Hull, retirándose el conde de Newcastle con el ejército sitiador y dejando el camino libre a los Fairfax para que se unieran con Manchester y Cromwell.

El 19 de enero de 1644 atravesaron el Twed 2,000 escoceses bajo el mando de Alejandro Leslie, y esto unido a otras circunstancias hizo suponer que en dicho año se iba a terminar la lucha.

Por su parte también había hecho el rey sus preparativos, y pensaba contrarrestar las fuerzas escocesas que iban en auxilio del Parlamento con algunos regimientos irlandeses. El conde de Ormond había tomado las riendas del gobierno en Irlanda a nombre del rey. El nuevo virrey era de una fidelidad absoluta, y aunque protestante estaba unido a los católicos por amistad y parentesco; así es que supo contrarrestar perfectamente los manejos del Parlamento y hacer un convenio con los insurrectos, con lo cual consiguió tener en disposición de ser embarcado para Inglaterra un fuerte contingente de tropas. Precedióles allí la fama de su crueldad, y el temor de que muchos de los insurrectos celto-católicos hubieran entrado al servicio del rey era general. Hasta muchos de los partidarios de Cárlos I se separaron de él, porque no querían servir al lado de los nuevos aliados. Estos por su parte no cumplieron con todo lo que de ellos se esperaba, y muchos de ellos, en el mismo mes de enero, después de haber sembrado el terror por el país, fueron derrotados y dispersados por los Fairfax.

El rey pensó encontrar un auxilio de otra clase reuniendo una especie de contra-parlamento en Oxford, ya que consideraba que el Parlamento que se hallaba reunido en Londres no gozaba de bastante autoridad, y utilizó para su idea a los individuos de ambas Cámaras que se hallaban en su cuartel general. Pero aunque todos eran muy fieles a Cárlos I, no quisieron ser un instrumento en sus manos, y por lo tanto le pidieron que entrara en negociaciones con las dos Cámaras de Westminster. Estas negaron la competencia de los Comunes y Lores reunidos en Oxford y por consiguiente no pudo irse adelante.

Muchos de los que se habían refugiado en el campo del rey quedaron poco satisfechos del recibimiento que se les hizo, y volvieron desengañados a Londres. La asamblea de Oxford después de aquella inútil tentativa, se determinó a publicar una extensa declaración, a conceder algunos subsidios, permitir al rey que aumentase los arbitrios sobre consumos, y suspendió sus sesiones sin pesar del rey, el 16 de abril de 1644.

El rey se quedó en Oxford mientras Enriqueta María se dirigía a Exeter para esperar allí con mayor seguridad un nuevo alumbramiento. Realmente el cuartel real estaba amenazado de un peligro grave, pues dos ejércitos del Parlamento compuestos cada uno de unos 10,000 hombres bajo el mando de Essex y Waller se dirigieron hacia Oxford con intención de bloquear la ciudad. Esta estaba tan llena de gente y contaba con tan pocas provisiones, que no hubiera podido sostener un sitio; por lo que se aconsejó al rey que se entregara a Essex, pero Cárlos declaró que el conde no le cogería vivo. En la noche del 3 de junio acompañado del príncipe de Gales, de toda la caballería y parte de la infantería consiguió romper por el Norte el círculo enemigo y

arrastró tras de sí a Waller, mientras Essex que no estaba en las mejores relaciones con aquel, le abandonó a su destino para dirigirse a los condados del Oeste.

Utilizando la separación de sus enemigos retrocedió el rey, se hizo fuerte en Oxford con artillería e infantería y en 29 de junio derrotó a las tropas fatigadas de Waller en Cropredy, a orillas del Charwell. Confiado en esta victoria, envió pocos días después un mensaje de paz a Londres, pero en vez de apoyarlo adelantándose hacia la capital se dirigió al Oeste para estorbar los movimientos de Essex.

Entre tanto había operado el conde con bastante éxito, haciendo levantar el bloqueo de plazas fortificadas como la de Lyme, apoderándose de ciudades importantes como Weymouth y asegurando el poder del Parlamento en los condados del Sudoeste. La reina, ignorando la suerte que le estaba reservada si caía prisionera, huyó a Falmouth y allí se embarcó para buscar refugio en Francia y no volvió a ver a su esposo. Este había aumentado el número de sus tropas con los soldados del príncipe Mauricio y los de lord Hopton, dirigiéndose después al encuentro de Essex.

El general parlamentario tuvo la mala idea de internarse en los montes de Cornwall, para apoderarse de aquella ciudadela realista, preparándose así una derrota, pues los habitantes se le levantaron en masa, y se halló sin dinero, sin viveres, y sin esperanza de que se le mandaran refuerzos.

El rey trató de ganarle con brillantes promesas, pero Essex se negó en absoluto y contestó que el Parlamento no le había dado poderes para entrar en negociaciones. Estrechado cada vez mas de cerca, se vio reducido a dos puntos de comunicación con la orilla del mar. Entonces dió orden a su caballería de abrirse paso por donde pudiese; la infantería, cercada por los realistas en un desfiladero, se vio obligada a capitular, y él, por su parte, junto con algunos oficiales, se embarcó para Plymouth, donde llegó el 1.º de setiembre, y de allí pasó a Portsmouth. A su llegada a Londres no se le hizo ninguna reconvencción por el mal éxito de sus operaciones, sino que por el contrario se le renovaron los poderes, pero desde aquella fecha concluyó ya su papel militar.

El rey había terminado en pocos meses una brillante campaña y se creía con fuerza suficiente para imponer la paz a Londres. Pero sus asuntos no iban tan bien en todas partes, y todos sus triunfos en el Oeste no pudieron compensar la gran derrota que sufrieron en el Norte sus partidarios. El conde de Newcastle no pudo sostener la campaña en campo abierto una vez que se hubo verificado la reunión de los escoceses con las tropas de los Farfaix, y tuvo que encerrarse dentro de los muros de York. La ciudad mas considerable del Norte, la fortaleza mas importante del partido realista, se encontró entonces en los mayores apuros, pues además de los escoceses y los dos Farfaix se presentaron el conde de Manchester y su teniente general Cromwell con el ejército de la asociación del Este ante las murallas de la fortaleza, y empezaron a sitiaria en toda regla. Si se perdía la ciudad de York, no solo se perdían los condados del Norte, sino también los del Centro; así fué que el rey ordenó a su sobrino el príncipe Ruperto, que a marchas forzadas acudiera al auxilio del conde de Newcastle. En efecto, Ruperto entró en el condado de York con un ejército de 18,000 hombres. Los sitiadores al tener noticia de su marcha le salieron al encuentro y acamparon en Long Marston-Moor, no lejos de la ciudad; pero el príncipe supo burlarles por medio de una hábil maniobra, y atravesando el Ouse entró en York. Apenas se hubieron saludado el orgulloso y colérico príncipe y el altivo y distinguido conde, ya empezaron a disputar, pues el príncipe, deseando llevar a cabo un hecho heroico; quería atacar al ejército enemigo, apoyándose en las órdenes

del rey, y por su parte Newcastle, satisfecho de la libertad de la ciudad, temía perder esta ventaja aceptando una batalla y daba poca fe a las seguridades del príncipe. Sin embargo, para que no se le acusara de insubordinación, cedió a la voluntad del príncipe, aunque de mala gana y sin ninguna confianza en el resultado.

Sus temores se vieron completamente realizados. La batalla de Long Marston Moor, dada el 2 de julio, concluyó con una espantosa derrota de los realistas (1). Fué una batalla que duró pocas horas, en la que Cromwell se hizo acreedor a todos los elogios. El ala derecha del ejército parlamentario se hallaba en la mayor confusión y el centro, donde estaba la infantería escocesa, había sido roto, cuando Cromwell con sus hombres de hierro y David Leslie con la caballería escocesa los libertaron. Derrotaron primeramente la caballería del príncipe Ruperto, después hicieron gran destrozo en las casacas blancas de Newcastle. Como por ambas partes en otras ocasiones se había fusilado ó ahorcado a los prisioneros, no es de extrañar que en la confusión de la batalla no se diesen cuartel: «Donde atacamos, escribía Cromwell a su cuñado después de la batalla, concluimos con el enemigo. Dios los hizo caer ante nuestras espadas como espigas.»

En medio de la noche regresaron Newcastle y el príncipe a York. El conde cansado del papel que se le había hecho desempeñar, tomó sus disposiciones para embarcarse en Scarborough en dirección al continente. Ruperto, incapaz de sostenerse por sí solo, llevó los restos de su ejército a los condados de Lancaster y Chester. A los catorce días capituló York.

Los generales aliados enriquecidos con un gran botín, dominaron en el Norte. Los escoceses se dirigieron contra la ciudad de Newcastle para apoderarse de aquella plaza fuerte; y la parte principal del ejército inglés, bajo el mando de Manchester y Cromwell, fué destinado a perseguir al rey. Pero intuitivamente trató Cromwell de verificar el movimiento con energía y celeridad, pues Manchester, que había reclutado sus tropas en los condados del Este, trató de protegerlos y se contentó con apoderarse de algunas plazas fuertes; así fué que el rey pudo proseguir, sin obstáculo alguno, su marcha triunfal por el Oeste, destruir a Essex y lleno de orgullosas esperanzas dirigirse contra la capital. Para oponerse se organizaron los ejércitos de Essex y Waller, que juntos con las tropas de Manchester dieron la superioridad numérica a las fuerzas del Parlamento.

Habiendo tenido que regresar Essex a Londres, por hallarse enfermo, tomó Manchester el mando superior, y después de varias marchas y contramarchas se presentó ante el rey el 27 de octubre en el antiguo campo de batalla de Newburg. El ejército parlamentario pudo atribuirse en esta ocasión la victoria, pero la persecución fué tan blanda, que el rey, dejando sus cañones y bagages en el castillo de Donnington, pudo retirarse, sin que nadie se lo estorbara, hacia Oxford.

El tiempo se hizo crudo y ambos partidos tomaron sus cuarteles de invierno. El rey, a pesar de que había perdido todo el Norte, no abandonaba sus esperanzas, pero en el campo de sus enemigos se preparaba un cambio que debía destruirlas todas.

CAPITULO TERCERO

PRESBITERIANOS E INDEPENDIENTES.—REFORMA DEL EJÉRCITO PARLAMENTARIO

Cuanto mas duraba la guerra civil, tanto mas visibles se hacían dos corrientes distintas en el partido puritano que

(1) Véase Long Marston-Moor en los Studies, etc. de Sanford p. 580-616.

había tomado las armas contra el rey y que quería apoderarse del gobierno del Estado y modificar el modo de ser de la Iglesia. Aunque unidos para combatir una jerarquía fundada en el episcopado y una monarquía que quería ser omnipotente, tenían cada día mayores luchas entre sí los presbiterianos y los independientes. Al principio estas disidencias se mantuvieron solo en el terreno religioso; pero después se extendieron a la política.

Como era muy natural, había muchos ingleses que solo veían la salvación en la constitución de la Iglesia de un modo análogo al establecido por sus vecinos del Norte. En la Iglesia nacional escocesa se daba al elemento laico una intervención que no se hallaba en la Iglesia anglicana; allí el culto era tan serio é incoloro como se deseaba establecer al otro lado del Tweed. Allí dominaba el dogma calvinista puro, que se había visto amenazado en su monopolio por Laud y sus subordinados, y sus preceptos se dirigían lo mismo a los altos que a los bajos; se declaraba una guerra sin tregua a los católicos, se impedía que se establecieran sectarios, y quedaba a la voluntad del poder civil el determinar si debía hacer uso de sus armas para combatir las herejías que se descubrieran. La alianza con los escoceses, su participación fructuosa en la lucha, extendió de un modo notable las ideas presbiterianas. La Liga y el Covenant se establecieron para introducir una constitución eclesiástica única en los tres reinos. Comisionados ingleses tenían asiento en la «comisión de las dos monarquías», que era la encargada de llevar la dirección de la guerra, y diputados escoceses tomaban parte en las sesiones del sínodo de Westminster.

En esta corporación dominaba el espíritu presbiteriano; sin embargo, cuando se trataba de las relaciones del Estado y de la Iglesia, los defensores del sistema escocés encontraban una enérgica oposición. Si bien el Parlamento había llevado a cabo la reforma de la Iglesia y ésta en lo sucesivo debía quedar aun bajo su influencia, cuando se trató de establecer definitivamente el nuevo edificio de la constitución de la Iglesia, en la mayor parte de los casos se tomó por modelo el presbiterianismo inglés. Se procedió a una revisión de los treinta y nueve artículos de la fe; el servicio divino se arregló en sentido presbiteriano y los principales curatos y beneficios se entregaron con preferencia a los que tenían tales ideas. La constitución de la Iglesia, según su modo de pensar, debía ser igual a la que había defendido John Knox, fundándola en las Sagradas Escrituras.

Pero hacia tiempo ya que se había presentado otro elemento en el grupo de los puritanos, que ya se había manifestado en el Sínodo, y eran los independientes (1). Formaban parte de este partido todos los que si bien procuraron sacu-

(1) La historia del independentismo se halla como es natural en los tratados de historia general y en los de historia de las religiones, así como en los estudios especiales sobre el puritanismo (por ejemplo, la obra bien conocida de Daniel Neal, *The history of the Puritans*, 1732). Además hay una serie de libros dedicados exclusivamente a la crítica del Independentismo y de las sectas religiosas que se fundaron durante el período de la revolución. Una importante compilación de documentos, actas y hojas sueltas ofrecen los *Historical Memorials relating to the Independents or Congregationalists from their rise to the restoration of the monarchy*, by Benjamin Hanbury, 3 vol. Londres 1839-44. Son muy estimables las descripciones de José Fletcher en su *History of the revival and progress of Independency in England*, 4 vol. 1848-62; J. Waddington, *Congregational History* (1567-1700) Londres 1874; y Robert Barclay, *The inner life of religious societies of the Common wealth*, Londres 1877. En Alemania, entre los que han tratado estas luchas con sujeción a las fuentes y descripciones inglesas, nadie lo ha hecho con mejor crítica y mas penetración que Herman Weingarten, en su obra *Las revoluciones de la Iglesia en Inglaterra*, Leipzig 1868, en la cual, como en la de Barclay, se presta particular atención a la historia del cuaquerismo.

dir el yugo de la Iglesia episcopal, no lo habían hecho con intención de sujetarse al yugo de la Iglesia presbiteriana; los separatistas cuyos conventículos no había podido impedir por completo Laud y aquellos procedentes del extranjero que habían podido regresar a su patria al principio de la revolución. Llegaron de la otra parte del canal y del Océano, de Holanda y de Nueva-Inglaterra, laicos y eclesiásticos, acordes todos en no sujetarse al círculo de hierro de una sola Iglesia, y en pedir que cada municipio tuviese el derecho de cumplir sus deberes religiosos con completa independencia de los demás. En el Sínodo defendieron este punto de vista cinco pastores que durante muchos años habían vivido en Holanda. Se opusieron con todas sus fuerzas a la constitución de la Iglesia en sentido escocés y se dirigieron a la opinión pública suplicando que no se les obligara de nuevo al destierro negando la tolerancia.

Los presbiterianos estaban exasperados con tal resistencia. Para ellos era cosa decidida que no existía salvación si todos los miembros de la nación no reconocían el mismo dogma, el mismo rito y la misma constitución de la Iglesia, pues de otro modo decían que se produciría una anarquía general y la herejía se presentaría en todas partes. Ya se habían establecido comunidades de anabaptistas; ya había gente que negaba la existencia de diablos y ángeles; ya había hombres que miraban los preceptos de Moisés y la existencia de Cristo con ojos distintos de los defensores de los principios ortodoxos. ¿No podrían estos tales apoyarse en lo dicho por los cinco pastores independientes? ¿Sería conveniente darles la libertad de propagar semejantes ideas? Los presbiterianos no querían hacer concesión alguna: «Satanás, decía uno de sus oradores, se ha convertido de ángel de las tinieblas en ángel de luz. El Independentismo introducirá de nuevo lo que podría haber alejado, esto es, los pensadores libres y los ateos.»

La lucha iba tomando en fin gran importancia; no se trataba ya de una guerra intestina del partido puritano, sino de la resolución de un gran problema que interesaba a todo el mundo civilizado sin distinción de naciones ni de épocas. Muy buenos pensadores habían roto lanzas en favor de la libertad de pensar, y eminentes estadistas y animosos escritores habían tratado de convencer a sus adversarios de que entre los individuos y Dios no podía haber ningún poder terrestre intermedio, y habían predicado la paz en las discusiones político-religiosas que durante cuatro generaciones habían conmovido la tierra, mientras que los austeros calvinistas se mostraban tan guerreros é intransigentes como los mas tercios católicos. Pero pocas veces se había discutido tanto como entonces en Inglaterra hasta qué punto podía permitirse la libertad de manifestar exteriormente sus creencias y adorar a Dios a su manera a los distintos miembros de una nación.

Había dos maneras de dar solución al asunto: una, la de aquellos que deseaban la separación de la Iglesia y del Estado y querían que los diversos miembros de la nación se uniesen libremente entre sí, para formar iglesias comunes; otra, la de aquellos que no queriendo discutir la existencia de una Iglesia del Estado con derechos y bienes propios, pedían para sí y para los demás la tolerancia.

En un principio, eran muy contados los partidarios del primer sistema, y solo se ensayó en un punto de la Nueva Inglaterra, en el municipio de Rhode-Island. Su fundador, Roger Williams, se dirigió a la madre patria para obtener del gobierno el reconocimiento legal de su colonia, y a su regreso a América publicó su notable escrito: «La sangrienta enseñanza de las persecuciones en las cuestiones religiosas,» en el cual exponía con toda claridad sus ideas. Pedía la supresión de la Iglesia nacional, el establecimiento de comunidades